

María Eugenia Vaz Ferreira a Través de Cuatro Anécdotas

En el 3º Aniversario de su Muerte

De José Pereira Rodríguez:

CUANDO María Eugenia iba por las calles de su Montevideo natal, despertaba la curiosidad de los gentes. De ella podían decirse, como en el admirable magisterio de Anacleto Noves: «quien la veía no la podía ya, jamás, olvidar». Una tarde, en el Parque Horri, durante un ensayo experimental de obras del malogrado compositor uruguayo César Cortina, me fui presentando. Cambiémosle algunas frases bonales, porque así el lugar en la ocasión permitía mayores transacciones. Ella estaba lejos, estando cerca. Como siempre, se caracterizó por su forma, su cara, como dice Lagrange de Barcelonnette, ya observo por la cara. Alabando al espejo que le enseñaba el aspecto tosca de aquel su rostro rubio, tan poco armoniosamente acentuado a la hermosura de sus ojos violeta, dijo algo tan digno y atinado que no me acordé, porque en ella, la «bondad» era la reacción natural con que recibía el mundo indiferente de su alma libre.

De Emilio Fragolet:

DEBA ya en la Universidad de Montevideo una conferencia sobre Kooli. Entre la concurrencia, estaba en una de las primeras filas, en el extremo de una hilera de sillas—me parece estaba viendo allí todavía—se hallaba María Eugenia. A cierta altura de mi disertación, mencionando las ideas de Kooli en su «Liberalismo y Jacobinismo», traje a colación el caso de Cleodora Barros, cuando me acordé entre de completar la libérrima materia, me fuí de acento a las libérrimas un crucifijo para que lo levara, y él dió vuelta el rostro con desdén, porque veía en el crucifijo, no la imagen del sublime Jesús, sino el símbolo de la alienación de la Iglesia que le rechazaba a la izquierda. María Eugenia—la estoy viendo—se levantó en señal de desagrado y se retiró, silenciosa. Otras personas, sobre todo en las pila-

das, se creyeron entonces obligadas a protestar también, silenciosas. De actitud tan propia al extranjero intento de mi concurrencia, porque gran parte del público, reaccionando contra la mala postura, volvió en reflexivos apliques de desagrado.

De Cavallo Cripto Arcata:

UNA tarde, al anochecer, me cruzé en la calle con ella; me acompañaba una persona de su familia, que la detuvo. Ella era muy joven; estaba contenta; acababa de realizar una buena inversión, y la contó entonces como siempre se oía, con toda su alma, con todo su corazón. Había llegado sola en tren a las afueras de la ciudad; había descendido sola del tren, entre un montón de gentes avaras; y, en medio de la calzada, sola, había pertenecido ante la contemplación de todos, había esperado y temido, sola, para expresar, el primer tema que valiera al centro. Había sido como la travesura de una colegiada que se aburre en la monotonía monástica de la clase privada y la rampa que el grito de su herida rebela a la disciplina. «Vengo de apurar la leucogélica» me dijo triunfalmente. Toda María Eugenia Vaz Ferreira está en esa actitud.

De Adolfo Perro Freire:

CURABAMOS el tercer año de secundaria en la Universidad y, en medio de aquella vida ociosa y que nos obligaba los estudios, así llamaban, dos veces por semana, el modo de una hora. En ella, María Eugenia nos enseñaba literatura.

¿Cómo la queríamos? Y cuando la celebrábamos cuando ella retornaba a su grupo de estudiantes propensos de ella a su realidad y las disciplinas del instituto, diciendo entre ellas, pero con toda elegancia en aquellas sus ojos grandes y profundas:

—No quiero hacer nada. Yo no soy «mucha diestra».

Y aprendíamos sólo que en ninguna otra, en aquella clase desordenada, libérrima, que era una primavera de rebeldía.